

Mario Briceño-Iragorry: Símbolo de venezolanidad

Gladys García Riera
Investigadora Independiente

¿Qué soy? ¿Quién soy? parecen ser interrogantes que solemos plantearnos al sentirnos agredidos porque se nos «impide» o se nos limita el logro de la meta propuesta, incluso en las relativas a la cotidianidad familiar. Ante estas preguntas, ¿se está en capacidad de responder?, ¿se sabe de sí?, ¿del por qué y qué de uno o de nosotros? tal vez diríamos: ¡claro que sí sé quién soy! Soy un ser, soy una persona, soy un ser-hombre-humano. Ser, individuo, hombre-persona. Las dos palabras primeras nos ubican en un contexto biológico, la tercera en el contexto social. Lo que significa que además de tener características instintivas y físicas, también están en mí elementos que no puedo tocar y que se manifiestan conductualmente y son percibidos por otros semejantes a mí.

Sí, ser más humano. Porque si soy capaz de plantearme esas interrogantes es porque tengo una facultad que me permite hacerlo, soy capaz de darme cuenta de las cosas físicamente reales que tengo a mi alrededor, o de las ideales que soy capaz de concebir. Tanto las unas como las otras puedo recordarlas, proyectarlas, de allí a que pueda decir: *existo*. Si no fuese así, me quedaría sólo en el estadio del *vivir*. Y esto último sólo sucede de ese modo en el reino animal.

Entonces, el existir conduce a conceptuar un mundo de cosas e ideas, darle significado: si percibo, percibo algo; si pienso, pienso

algo; si siento, siento algo (dolor físico, sentimientos, emociones, etc.). Ese *algo* se significa con un sistema organizado [lenguaje] que ha sido convenido y se comparte con los pares con quienes se con-vive y se identifica: se es un ser social. Vive inmerso en una comunidad, que junto a las necesidades primarias como ser natural -nacer, crecer, desarrollarse y morir-, también tiene otras que se derivan de la misma comunidad y es el resultado de su interacción con el ambiente natural y social, y son éstas quizás las que le permiten trascender en el tiempo.

Las comunidades forman pueblos, ciudades, patrias, naciones. Estos conceptos tienden a mezclarse y/o confundirse. Más aún, a identificarlos con el mero ambiente geográfico. Mario Briceño-Iragorrry cuando en uno de sus escritos hace referencia al concepto *pueblo*, nos dice:

Los pueblos no son edificios, ni plazas, ni silos, ni caminos. Los pueblos son hombres. Puede desaparecer el viejo alero donde anidaba la golondrina que alegró las tardes apacibles de la abuela, pero el pueblo permanecerá íntegro en su dimensión humana si los hombres han sabido ser fieles a la tradición creadora de la ciudad¹.

Y ¿por qué Mario Briceño-Iragorrry? Porque Don Mario se hizo muchas veces aquella interrogante y ¡cómo supo responderla!: no dando una respuesta impulsiva e inmediata como cuando se reacciona instintivamente, sino reflexivamente, con consciencia de la tradición e historia de su entorno social.

En 1998, el país conmemoró los cien años del nacimiento del ilustre venezolano Mario Briceño-Iragorrry. Don Mario nació en la ciudad de Trujillo un 15 de septiembre del año 1897 y murió en Caracas el 6 de junio de 1958. Siendo aún niño incursiona en el mundo de las letras escribiendo para un periódico escolar del que también fue fundador al lado de otros niños que, con el correr de los años llegaron a destacarse en el ambiente literario y político del país². Se gradúa de Abogado en la Universidad de Mérida, obtiene su Doctorado en la Universidad Central de Venezuela. Llegó a desempeñarse como Cónsul en Estados Unidos y Embajador en países centroamericanos, y en Colombia. En nuestro país, ocupó la Presidencia del

Estado Bolívar en 1943 y en 1945 fue electo Presidente del Congreso Nacional, durante el gobierno del General Isaías Medina Angarita. Fue Miembro Correspondiente de las Academias Venezolanas de la Lengua y de la de Historia, y Director del Archivo Histórico de la Nación. Obtiene el Premio Municipal de Prosa (1946) por su libro *Casa León y su tiempo* y el Nacional de Literatura (1947) por *El Regente Heredia o la piedad heroica*. También se desempeñó como Profesor en Liceos de la provincia y de la ciudad de Caracas, así como de la Universidad Central de Venezuela, en la que fundó importantes Cátedras.

Desde muy joven irrumpe en la literatura y el ensayo. Cuando apenas frisaba los veinte años dicta una conferencia en la Universidad de los Andes sobre los libros y el modernismo, y un poco más tarde, a solicitud del Rector, sobre los orígenes del arte. Su preocupación por la historia comienza por aquellos mismos años cuando estudia el proceso de conquista y poblamiento de su región natal, Trujillo, que lo llevó a indagar sobre el pasado precolombino venezolano. Investigaciones que dio a conocer en obras como: *Ornamentos fúnebres de los aborígenes del Occidente de Venezuela* (Contribución al estudio de la arqueología precolombina de Venezuela) (1928); *Historia de la fundación de la ciudad de Trujillo* (1929); *La fundación de Maracaibo* (1929); *El conquistador español y los fundadores de Nuestra Señora de la Paz de Trujillo* (1930); *Notas sobre arqueología venezolana* (1930); y *Tapices de historia patria. Esquema de una morfología de la cultura colonial* (1934).

«Los pueblos son hombres» nos dice Don Mario, retomando el planteamiento inicial. Pero hombres con historia, con una serie de elementos caracterizadores que lo tipifican, que lo personalizan, que lo diferencian de otros. Tienen una cultura propia y entiéndase ésta en el sentido amplio, y no circunscrito única y exclusivamente al campo de las artes, letras y música. Y con sentido aún más abarcante, Briceño-Iragorry sostiene que ella tiene que ver con la actitud del hombre, el manejo de su conducta gracias a su espiritualidad, la cual le permite controlar sus ímpetus destructores en beneficio de la convivencia. De allí que la conciba como afán permanente de realización humana y como proceso que vence etapas inferiores de desarrollo social para sentir el florecimiento de la «plenitud entitativa del hombre»³.

Ahora bien, ¿cómo sabemos de ella? ¿qué nos permite identificarla? Es una herencia moral y material. Moral en cuanto valores,

sentimientos, afectos, arraigos, costumbres; material en cuanto elementos del mundo exterior objetual y tangible, producto de la modificación del ambiente natural propio del entorno social. Su pervivencia está signada por la tradición y la historia, siendo tradición, según palabras de Don Mario:

Legado de cultura que el tiempo nos transfiere para que, después de pulido y mejorado por nosotros, lo traspasemos a las futuras generaciones. Más allá de las manifestaciones objetivas que la personalizan en su aspecto documental, se elevan ágiles, sutiles, inaprehensibles, los imponderables que dan fisonomía y forma el genio de los pueblos. No se les puede catalogar como valores reales. Son, en último análisis, algo que ni se escribe, ni se graba, ni se mira, pero que se siente de mil maneras como signo indeleble de la substancia social. Son el modo de ver, de hablar, de reír, de gritar, de llorar y de soñar que distingue y configura (...) el propio ser de las familias y de los pueblos. Diríase que constituyen la consciencia que trasluce en el drama de la Historia. En aquellos valores se recogen y subliman los demás valores, reales y sensibles, que forman el andamiaje general de la cultura. Entenderlos y captarlos es tanto como entender y captar el propio secreto de las sociedades, por donde su intuición constituye el toque divino que convierte en magos a los intérpretes del pueblo ⁴.

Cultura, Tradición, Patria e Historia son hechos y circunstancias estrechamente vinculados e inseparables. La cultura es patrimonio y es proceso otorgado a las generaciones por la tradición y será trascendente y perdurable «*cuanto más firme sea la estructura de la tradición donde se fundamenten las instituciones creadas por el genio popular, producto a la vez de la sedimentación histórica de los valores espirituales que producen las generaciones*» ⁵. Ahora bien, ¿cómo debe pensarse la Historia? Estamos familiarizados con la historia como relato de hechos pasados, una relación secuencial de sucesos, sobre todo de hazañas pretéritas, la historia como “letra muerta”. Para Briceño-Iragorry la historia es hoy, no es ayer; para él está viva en la acción creadora permanente, es una historia actuante que no tiene nada de contemplativa, cuyos héroes son tanto los identificados en la historia oficial con sus nombres como los seres anónimos. La didáctica de la historia no debe estar

centrada en listas de acontecimientos, hazañas y héroes, en actitud sólo admirativa de la gloria que pasó. Si eso ocurre descendería «a la categoría de empolvada corona de museo». Hay que estudiarla, sí. «Para saber lo que estamos obligados a hacer. Del recuento del pasado llegamos a la conclusión de lo que nos falta en la hora presente»⁶.

La Historia es vista, entonces, como una disciplina funcional y moral, forjadora de la consciencia de los pueblos quienes trabajan en pos de su destino y guiados por la exaltación de los ideales de justicia y libertad. «La Historia es una prolongada meditación sobre la suerte del espíritu que informa la cultura»⁷. Y quienes la comparten están en la obligación y son responsables de trazarse su propio destino dentro de ese conglomerado humano; en ellos tiene que estar presente su consciencia moral. El pueblo que desconoce su Historia no tiene norte, vaga sin rumbo fijo, carece de estímulos espirituales que orienten su porvenir.

El grupo humano que comparte una cultura e historia, tiene también una Patria. Patria es un concepto abstracto, es algo intangible, sin embargo real, que se objetiviza en el devenir del propio conglomerado al luchar al unísono haciendo causa común:

La Patria (...) es disfrute común de un patrimonio. Y ese patrimonio no es la tierra que da riqueza, ni el cielo que cobija nuestras vidas percederas; es, en cambio la cultura que, en el pasado y en el presente, nos une para dar continuidad a nuestros esfuerzos de pueblo y contenido humano a nuestra vida de relación⁸.

El conjunto de valores patrimoniales que dan corporeidad a la Patria debe asumirse, no como un hecho de aberrante obligación sino como una necesidad espiritual de elaboración común de una «*manera*» de obrar y de pensar». La Patria es espacio para el desarrollo de nuestra entidad espiritual, son los hombres cobijados por un vínculo histórico, de stirpe; es más que nada «un concepto moral que pide acabada realización como consecuencia del perfeccionamiento del espíritu»⁹.

¿Cómo insertar el concepto de Nación? Para Briceño-Iragorry, la nación venezolana tiene su nacimiento un 8 de septiembre de 1777. Es la fecha en donde se integran, por promulgación de la Real Cédula de Carlos III, un conjunto de Provincias diseminadas en un

área geográfica. A pesar de que su gobierno estaba centralizado en la península -España- y compartían una misma cultura, no tenían unidad político-administrativa, pues unas dependían -en lo judicial o militar- del Virreinato de Santa Fe, mientras otras dependían de Santo Domingo, y además tenía cada una un Gobernador y un Capitán General. De acuerdo a ese dictamen, las Provincias de Guayana (Bolívar y Amazonas), Maracaibo (Maracaibo, Mérida, Táchira), Nueva Andalucía (Estados orientales-Cumaná) y Margarita -sometidas al Gobierno de Santa Fe- quedaban adheridas a la primitiva Provincia de Venezuela que estaba integrada por los territorios hoy conocidos como de Miranda, Guárico, Aragua, Carabobo, Yaracuy, Cojedes, Portuguesa, Lara, Falcón, Trujillo y el Distrito Federal. Es entonces como llega a crearse la Capitanía General de la Provincias Unidas de Venezuela, con un solo Gobernador y se le otorga el gentilicio de venezolanos a los nacidos en dicho territorio. Por lo que se desprende que el concepto Nación tiene que ver con la unidad política.

El defender la cultura que deviene en un grupo humano identificado territorialmente se ha calificado como nacionalismo. El nacionalismo no es, para Briceño-Iragorry, *chovinismo*¹⁰, este último es sólo «una absurda estimativa de lo nacional»¹¹. Nacionalismo es el impulso que aflora cuando los pueblos no quieren perder su entidad como tales, y quieren mostrarse con líneas definidas ante el resto de la comunidad universal. Este sentimiento nace en el propio hogar de los hombres. En sus casas están sus raíces, ese recinto, esa atmósfera de convivencia, de afectos, de sueños y anhelos se extiende al pueblo, a la patria chica, al lar nativo. El nacionalismo tiene sentido cuando al exaltar los valores del pueblo se logra una comunidad de pensamiento en todo lo referente a la defensa del patrimonio nacional, lo que es decir:

la defensa de nuestra autonomía de pueblo y nuestra inalienable soberanía de nación. Ser nosotros mismos, para bastarnos en nuestras necesidades y poder ir al auxilio de los otros hombre que luchan por la dignidad y la justicia.¹²

El nacionalismo camina de la mano con la dignidad cívica del pueblo y aspira al mantenimiento de la tradición cultural de manera vigorosa y laborando de manera productiva para de esa for-

ma erigirse, en el orden internacional, en una posición digna que asegure su independencia. La convivencia necesita de la internalización y aceptación de un sistema de valores. Estos constituyen un *corpus* que se fundamenta, por un lado, en leyes explícitas (consciencia civil), y por el otro, en la consciencia convivente, en el cumplimiento del deber de convivir. Esto último implica controlar el albedrío en función de los derechos y deberes (consciencia cívica). Dicho de otra manera, unánime consciencia de responsabilidad ciudadana.

Para Briceño-Iragorry, asimilando la Historia se dará tono al pueblo para asegurarle el derecho a ser vistos como una nacionalidad integrada. Si no ocurriese así, no se estaría en capacidad de repensarse y de construir el futuro. Por el contrario, sin hacer balance en el tiempo, se partiría como de la nada, para empezar de nuevo la edificación, cambiando, modificando, de sistema en sistema, de ensayo en ensayo, lo que ha llevado a «*borrar el pasado, hasta frustrar nuestra genuina fisonomía nacional*»:

Cuando las naciones pisotean y desfiguran el legado de los tiempos, deshacen su estructura concencial y aniquilan su vocación cívica. (...) Los pueblos que han probado mayor vitalidad, tienen mostrado, a la vez, un ardoroso empeño de mirar hacia atrás en pos de una clara explicación de sí mismos. Del propio modo como el hombre sabe que vive en cuanto tiene memoria de su ser anterior, así mismo las naciones se proyectan para el futuro sobre el fondo de la tradición, ya que difícilmente un pueblo que carezca de la consciencia de sí propio uniformará sus conceptos en torno al grupo de valores que deben servir de norma a sus actividades venideras.¹³

La «*genuina fisonomía nacional*», de que nos habla Briceño-Iragorry es, en otras palabras, lo constante en la personalidad nacional, sus peculiaridades; son valores imponderables difícilmente aprehendidos, asidos, «*que evaden la posibilidad de ser definidos*». Son ellos los que hacen el alma de los pueblos, podríamos decir, conocimiento intuitivo que

está placentariamente unido a la vida emocional, geográfica e histórica de las comunidades. Aflora con la riqueza de colorido en el terreno de lo folklórico y dura por tiempos, como testimonio de una actitud cultural.¹⁴

Por otro lado, el alma nacional permanece, pervive, mantiene su unidad cuando sus raíces están ancladas en el suelo de la Historia. El folklore, por ejemplo, gravita en el pueblo como una de las manifestaciones de ese alma nacional, al formar parte del acervo tradicional nacional. Es «*expresión de fuerzas subterráneas que en el suelo de nuestra consciencia popular subsisten por testigos de las viejas culturas que se sumaron para la formación de nuestro carácter nacional*»¹⁵.

Las manifestaciones folklóricas tienen valor por ser uno de los elementos que ayudan en el orden defensivo de la nacionalidad. Sin embargo, su difusión debe ir más allá de la mera representación, de la realización como estampa petrificada, como forma estática. Lo importante de ellas, es verlas y concebirlas insertas dentro de un proceso histórico, contextualizarlas, relacionarlas con su ambiente geográfico, económico y cultural de su configuración, que es lo que les da sentido de tradición. Solamente vistas de esta manera tendrían carácter funcional.

En un artículo que escribiera Mario Briceño-Iragorri para la revista *Crónica de Caracas* intitulado «Raúl Santana, cronista plástico de Caracas», comentaba:

¿Qué es lo que debe salvarse de la tradición y qué es lo que debe desecharse?, me preguntaba un joven preocupado por los valores de la venezolanidad. Aquí ha de obrarse con el mayor cuidado y con el más claro sentido de la realidad. Tradición en su valor de legado de cultura, connota un esfuerzo de examen y de crítica de nuestro propio ser histórico. Tradición es lo que recibimos de nuestros antecesores. Tradición es lo que dejaremos a las generaciones futuras. Un imperativo de lógica obliga a mejorar el don recibido. A mejorarlo, no a destruirlo en su integridad funcional. Menos aún a despilfarrarlo, como el mal heredero despilfarra la fortuna paterna. Para ello es preciso fijar previamente los hábitos y usos desprovistos de sentido humano o carentes de impulso hacia formas elevadas de convivencia y de gobierno, que lejos de ser mantenidos, deben obtener su superación por nuevos y mejores hábitos. Al lado de esos hábitos y usos de notorio bulto, hay pequeños usos, pequeñas costumbres, pequeños hábitos amables que (...) expresan un modo de ser y un modo de obrar que terminan por ser la misma consciencia social. ¹⁶

¿Qué puede hacer tambalear al «alma nacional»? ¿Qué puede hacer desaparecer la genuina fisonomía nacional? Existen factores internos y factores externos de su exterminio. Es necesario indagar en las raíces del «alma nacional» para establecer los cánones históricos y tradicionales que nos señalan como pueblo. Cuando hace quinientos años, los españoles llegaron al territorio que hoy ocupamos encontramos pueblos con cultura. Su permanencia en estas tierras hizo que convivieran la cultura española con la indígena, y cuando fueron traídos a América los negros africanos, ellos también trajeron la suya. Su fusión dio origen a lo que conocemos como proceso de mestizaje. En el devenir histórico, en el transcurrir del tiempo se van integrando, asimilando, tomando cuerpo, en una armónica amalgama, una serie de valores que va caracterizando a un pueblo nuevo. Ya no se es negro, ya no se es indígena, tampoco se es español. Se comparte una lengua, se comparte una economía, y se comparte una psicología que le da unidad. Transitamos en el tiempo por períodos de desarrollo social, político y económico desde nuestros antiguos pobladores indígenas, pasando por la Colonia, la Independencia, la República, y lo que se ha dado en denominar contemporáneo. Y cada uno de ellos con un peso e importancia específicos:

Nuestra Historia, como explicación de nuestra propia vida social y como puerta para antever el futuro, clama por voluntades esforzadas que salven su verdad, es decir, la verdad de nuestro propio destino histórico. Dentro se la destruye, fuera se la niega. La verdad de lo que somos, reclama el exhaustivo examen de la realidad de lo que fuimos. (...) Y porque no sabemos lo que somos, carecemos del canon social que nos permita defendernos de nosotros mismos y de los aventureros extraños...¹⁷

¿De dónde, entonces, debemos partir? De nuestra propia estructura concencial de hombre venezolano, fortaleciendo nuestra fisonomía moral. De esa forma se robustecerá el ser venezolano, el sentido y sentimiento del ser venezolano. Así éste no se será objeto fácil de los ataques imperialistas que buscan nuestra desfiguración como patria y como nación. Si no trabajamos en ello, desapareceremos como unidad moral, constituyéndonos en un espacio geográfico donde sacarán provecho aventureros y mercaderes, tanto de bienes como de ideas.

Veamos nuestro entorno, prestemos tan sólo un poco de atención a los medios audiovisuales, pero hagámoslo de manera crítica. Bajo el disfraz de la sana diversión se distorsionan los valores, responden a intereses foráneos y se constituyen en vehículos de penetración cultural. Tanto valemos hoy, tanto más aceptemos y despertemos el gusto por lo que está de *moda*, la misma denominación parece llevar implícita su fugacidad. Más sin embargo, es tanto lo que se insiste en ello, tanto se martillea, que al final pareciera formar parte de nuestra realidad y tradición. Y lo que es peor aún, atenta contra la propia dignidad humana. No se puede sembrar en la juventud valores morales consustanciados con su deber-ser entitivo, cuando esa programación televisiva lleva una gran carga de violencia tanto física como moral, y donde hay una gran ausencia de arquetipos modeladores que sirvan de luminaria en el camino de las jóvenes generaciones.

El resquebrajamiento de las estructuras concenciales del ser venezolano se ha venido agudizando y hoy día parece estar en su etapa de mayor debilidad. Briceño-Iragorry, en 1951, escribió un libro leído con avidez por los jóvenes de entonces. Sin ser una obligación de índole curricular, era leído tanto por liceístas como por universitarios y obedecía a una necesidad espiritual y moral de esos jóvenes que comenzaban a madurar en medio de una realidad cultural que sentían en decadencia. El libro era *Mensaje sin destino* (Ensayo sobre nuestra crisis de pueblo).

En *Mensaje sin destino*, Don Mario aborda el drama del pueblo venezolano que sin formación interna se enfrenta a la voracidad del imperialismo y denomina esta situación como «*crisis de pueblo*», de pueblo concebido no demagógicamente -clases desposeídas- sino en el sentido de comunidad social en su conjunto:

... Venezuela, pese a su historia portentosa, resulta desde ciertos ángulos un pueblo antihistórico, por cuanto nuestra gente no ha logrado asimilar su propia historia en forma tal que pueda hablarse de vivencias nacionales, uniformes y creadoras, que nos ayuden en la obra de incorporar a nuestro acervo fundamental nuevos valores de cultura, cuyos contenidos y formas, por corresponder a grupos históricamente disímiles del nuestro, puedan adulterar nuestro genio nacional.¹⁸

Esta *crisis de pueblo* ha ido conformándose por el auge del individualismo que se ha venido gestando, perdiéndose así la idea de ser social y donde hay negación del desarrollo y provecho mutuos -de un *nosotros-*, ausencia de responsabilidad y de solidaridad cívica. De allí que en este concepto de *crisis* estén implícitas las que atañen a todas las áreas de desenvolvimiento del humano-social: crisis de caridad, de jerarquía, de urbanidad, de literatura, de moral, crisis política, educativa, social, cultural...

Una de las soluciones que se deducen de los planteamiento del intelectual trujillano está en el conocimiento de la Historia. Si hace 50 años a Don Mario le preocupaba la posibilidad de la reducción de horas académicas destinadas a la enseñanza de esta disciplina, ¿qué se podrá pensar de lo que ocurre hoy, donde parece haberse limitado a unos cuantos contenidos dentro de la escolaridad básica? ¿Y qué decir de la universitaria?

Comentaba igualmente, que la enseñanza de la Historia se había quedado en la enumeración de las hazañas épicas y en la «*liturgia de las efemérides*», por lo que su presentación tenía una concepción individualista y romántica, rasgos éstos que no hacían a la historia un conocimiento que propiciase la reflexión en beneficio del porvenir social¹⁹. De allí la importancia de su concepción de la Historia total, constituyéndose ésta, en un arma efectiva del nacionalismo bajo forma defensiva de la tradición. De ver la Historia solamente como hazañas, los héroes se han idealizado, se han visto como seres mesiánicos, y esto ha sido un condicionante social para el surgimiento de la figura del caudillo, el que tiene en su poder la vara mágica capaz de dar solución a los problemas nacionales: «*La anarquía indisciplinable y la desagregación mental que son reatos dolorosos de la sociedad venezolana, sumados a la carencia de vertebración moral ocasionada por nuestra imperfecta asimilación de la historia, explican nuestra crisis de pueblo, causa y efecto de las otras crisis...*»²⁰.

El concepto de *fisonomía nacional* que hemos venido hilvanando se funde con el de *identidad nacional* que es manejado en el ámbito popular y académico con mucha insistencia. Este es un sentimiento que se origina en la actitud colectiva aprendida, que conforma un modo de ser social e histórico. Los arquetipos, mitos, símbolos, ideas... son elementos substanciales generadores de la caracterización en el

proceso de construcción de la identidad, esa identidad funcionará como experiencia ideológica y vivencial en el proceso de identificación que será aprendido comunitariamente y vinculará a los individuos que la integran. Briceño-Iragorry no acuña este concepto, sin embargo, sus conceptos de tradición, historia, cultura, nación lo llevan implícito:

No se es venezolano porque se haya nacido en un pedazo de tierra, cuyo nombre nos impone como seña policiaca aquella derivación lingüística. Se es venezolano en razón de una carga de historia venezolana que nos fue transmitida tanto como herencia familiar cuanto como del generoso del paisaje y de la cultura donde se formó nuestra consciencia de hombres.²¹

Consciencia de hombre, consciencia moral, consciencia social, consciencia de pueblo, consciencia Histórica. Todos conceptos vinculados y vinculantes con la realidad del ser que existe. Recordemos las palabras con las que iniciamos nuestra exposición. ¿Dónde tendríamos que encontrar nuestra verdad? ¿Nuestra identidad social? ¿Nuestra identidad nacional? Retomemos nuevamente el discurso de Don Mario:

Lo que en el orden común de la filosofía inquiere el hombre respecto de su propio valor existencial, en el campo de la Historia compete también averiguarlo a los pueblos. ¿Qué somos? ¿Cuál, en razón de ese ser, es nuestro deber común? ¿Qué hemos de hacer para llegar a la raíz antigua que ha de proyectarse en lo porvenir?...²²

Hasta aquí hemos compartido algunas reflexiones de Mario Briceño-Iragorry, y aspiramos sean ellas estímulo para la acción social creativa y asertiva, llamada a servir de orientación en el compromiso que cada uno de nosotros tenemos como ciudadanos venezolanos. Don Mario fue una de nuestras figuras nacionales de pensamiento profundo y acción coherente con su propio ideario moral, político y social. Su actitud venezolanista estaba dirigida a sembrar en sus compatriotas la consciencia del trabajo productivo con carácter cívico. Su pasión por Venezuela hizo que durante toda su vida el país llenara su espacio intelectual y vital. Luchador incansable por la justicia y la libertad, y con una profunda convicción de la Democracia como vía política que ga-

rantiza la dignidad humana, vivió exiliado en España durante el gobierno del General Marcos Pérez Jiménez, al que se opuso usando como arma la pluma, de la que, además de *Mensaje sin destino*, salieron otros de gran valía documental e histórico-social, como *Aviso a los navegantes* (Tradición, venezolanidad e hispanoamericanidad); *Dimensión y urgencia de la idea nacionalista* (Pequeño discurso sobre la venezolanidad y americanidad); *Problemas de la juventud venezolana* (Temas acerca de la presente crisis universitaria); *La traición de los mejores* (Esquema interpretativo de la realidad política venezolana); *Alegría de la tierra* (Pequeña apología de nuestra agricultura antigua); *La hora undécima* (Hacia una teoría de lo venezolano); entre muchos más.

No quiero terminar sin citar palabras de un acucioso investigador del pensamiento iragorriano, el Profesor chileno Luis Rubilar Solís, quien estuvo largo tiempo entre nosotros dictando cátedra en el Núcleo de Trujillo de la Universidad de los Andes:

...es realmente lamentable que el legado y mensaje que significa el nombre Mario Briceño Iragorry, en tanto pensador, político-actor, no tenga albacea individual o grupal en el plano político social de Venezuela 1983. No existe, pensamos, una corriente de pensamiento o un sector político orgánico que haya hecho suyos -a nivel nacional y actual- los planteamientos y postulados que él dejara como tarea y misión para sus compatriotas. Ecos y réplicas de su ideario resuenan y enaltecen por estos días en otros lugares de su Hispanoamérica; en Nicaragua, El Salvador, en sectores de la iglesia chilena y de otros países, en los movimientos tercermundistas, etc., pero no aquí, en su tierra, en su patria no hay resonancia -al menos que escuchemos- para su angustiada y justiciera 'Voz antigua de la tierra'.²³

Notas

¹ Por la ciudad, hacia el mundo (Pregón y sentido de las fiestas de Trujillo)», **Obras completas**, Caracas, Edic. del Congreso de la República, 1988, v. 1, p. 348.

² En el Colegio San Andrés de Maracaibo, ciudad donde vivió por breve tiempo en 1907, escribía, junto a Edmundo Urdaneta, el perió-

dico escolar *Venus*. Años más tarde en Trujillo en 1911, al lado de Jesús María González Aranguren, Américo Valero, Carlos Briceño Altuve y otros jóvenes más, imprime *Génesis* en el Colegio Santo Tomás de Aquino; y en 1914, aparece *Ariel*, una hoja periodística que publicaba al lado de Manasés Eduardo Capriles, Claudio Llavaneras, José Félix Fonseca, Saúl Moreno, Carlos Briceño Altuve y Saúl Moreno.

- ³ «*El caballo de Ledesma*», OC., 1990, v. 7, p. 86.
- ⁴ «El sentido de la tradición», *Introducción y defensa de nuestra historia*, OC., 1989, v. 4, p. 306.
- ⁵ *Mensaje sin destino* (Ensayo sobre nuestra crisis de pueblo), OC., 1990, v. 7, p. 181.
- ⁶ «La historia como elemento de creación», *Introducción y defensa de nuestra historia*, OC., 1989, v. 4, p. 321.
- ⁷ «El sentido moral de la Historia», *Temas inconclusos*, OC., 1990, v. 6, p. 51.
- ⁸ «En el homenaje del Pen Club al Canciller», OC., 1993, v. 17, p. 324.
- ⁹ «Prólogo desechado», OC., 1993, v. 18, p. 406.
- ¹⁰ Patriotería. Patriotero: «que alardea excesiva e inoportunamente de patriotismo», DRAEL, 19ª ed. p. 991.
- ¹¹ «Nacionalismo y universalismo», OC., 1997, v. 19, p.83.
- ¹² «La fiesta de la nacionalidad», *Palabras en Guayana*, OC., 1991, v. 11, p. 137.
- ¹³ «El sentido de la tradición», *Introducción y defensa de nuestra historia*, OC., 1989, v. 4, p. 306.
- ¹⁴ «Propósito», *La hora undécima* (Hacia una teoría de lo venezolano), OC., 1990, v. 9, p. 194.
- ¹⁵ «En defensa de Ledesma», *El caballo de Ledesma*, OC., 1990, v. 7, p. 97.
- ¹⁶ OC., 1997, v. 19, pp. 518-519.
- ¹⁷ «Suelo y hombres», *Introducción y defensa de nuestra historia*, OC., 1989, v. 4, p. 242.
- ¹⁸ *Mensaje...*, OC., 1990, v. 7, p.169.
- ¹⁹ *Ibidem*, p. 175.
- ²⁰ *Ibidem*, p. 214.
- ²¹ *Por la ciudad, hacia el mundo* (Pregón y sentido de las fiestas de Trujillo), OC., 1988, v. 1, p. 365.
- ²² *Ibidem*, OC, 1988, v. 1, p. 354.
- ²³ «El proceso de identidad psico-social en Mario Briceño-Iragorry». *Anuario. Universidad de Los Andes. Núcleo Universitario "Rafael Rangel" – Centro de Información y Documentación* (Trujillo), N° 1 (1983): 162.

TEORÍA
